

TERCERA PARTE

Día sombrío. — Un campo.

FAUSTO, MEFISTÓFELES.

FAUSTO. ¡En la desgracia!... ¡la desesperación! ¡Tanto tiempo miserablemente extraviada en la tierra, y ahora presa! Lanzada como una criminal en un calabozo, esa dulce y desdichada criatura se ve sumida en insoportables tormentos. ¡Hasta eso! ¡hasta eso! ¡Impostor, infame espíritu!.. ¿y me lo ocultabas? Cállate ahora, ¡calla! mueve con furia tus ojos de demonio en tu cabeza infame. ¡Calla! é insúltame con tu irresistible presencia. ¡Presa, agobiada con una desdicha irreparable! ¡abandonada á los espíritus malignos y á la inflexible justicia de los hombres!... ¡Y entre tanto me arrastras á repugnantes fiestas, y me ocultas su miseria, siempre creciente, y la abandonas sin socorro á la muerte que la espera!

MEFISTÓFELES. No es la primera.

FAUSTO. ¡Perro! ¡execrable monstruo! ¡Cámbialo, espíritu infinito! que vuelva á tomar su primitiva forma de perro, bajo la cual se deleitaba en andar por la noche delante de mí, para vagar á los pies del tranquilo viajero, y arrojarse sobre sus espaldas, después de haberle derribado! ¡Vuélvele la figura que le agrada; que se arrastre ante mí, y que yo le pise, al maldito! ¡No es la primera! ¡Horror, horror, que nin-

gún humano puede comprender! ¡más de una criatura sumergida en el abismo de semejante infortunio! ¡Y no ha bastado la primera, en las torturas de la muerte, para que la eterna misericordia perdonase los pecados de todos! Los padecimientos de esta sola criatura seca la médula de mis huesos, y devora rápidamente los años de mi vida; y tú... tú sonríes tranquilamente con el pensamiento de que participa de la suerte de otras mil.

MEFISTÓFELES. Apenas llegamos á los primeros límites de nuestro espíritu, cuando el de vosotros, hombres, se halla ya pasado. ¿Por qué andar en nuestra compañía, si no puedes soportar las consecuencias? Quieres volar, y no estás asegurado contra el vértigo. ¿Te hemos invocado nosotros ó ha sido lo contrario?

FAUSTO. No rechines tan cerca de mí tus dientes ávidos. ¡Te odio! ¡Sublime espíritu, tú que me has juzgado digno de contemplarte, ¿por qué me has unido á este compañero de oprobio, que se alimenta de carnicería, y se deleita con la destrucción?

MEFISTÓFELES. ¿Has concluído?

FAUSTO. ¡Sálvala!... ¡ó desdichado de tí! la maldición más terrible caiga sobre ti por millares de años.

MEFISTÓFELES. Yo no puedo desatar las cadenas de la venganza, no puedo descorrer los cerrojos. ¡Sálvala! ¡Quién la arrastró á su perdición?... ¿Yo ó tú? (*Fausto lanza alrededor de sí terribles miradas.*) ¿Buscas el trueno? Feliz es no ser confiado á los míseros mortales. Aplastar al inocente que se resiste, es uno de los medios que los tiranos emplean para hacerse lugar en muchas circunstancias.

FAUSTO. ¡Conduceme adonde está! ¡es menester que sea libre!

MEFISTÓFELES. ¡Y el peligro á que te expones! Ten entendido que la sangre derramada por tu mano, humea todavía en este pueblo. ¡Sobre la mansión de la víctima se ciernen espíritus vengadores, que acechan la vuelta del asesino!

FAUSTO. ¡Saberlo también por ti! ¡Ruina y muerte de todo un mundo sobre ti, monstruo! ¡Condúceme, te lo repito, y librala!

MEFISTÓFELES. Allá te llevo: en cuanto á lo que me es dado hacer, escucha: ¿Lo puedo yo todo en la tierra y en el cielo? Turbaré la razón del carcelero, y te pondré en posesión de la llave; y ya no hay más que una mano humana que pueda libertarla. Yo velaré, apresuraré los caballos encantados, y os sacaré. Es cuanto puedo hacer.

FAUSTO. ¡Vamos! ¡partamos!

La noche á campo raso.

FAUSTO, MEFISTÓFELES, galopando sobre caballos negros.

FAUSTO. ¿Qué es lo que se mueve alrededor del lugar del suplicio?

MEFISTÓFELES. Yo no sé lo que cuecen ni lo que hacen.

FAUSTO. Se agitan de un lado á otro, se levantan y se bajan.

MEFISTÓFELES. Es una comunidad de brujos.

FAUSTO. Siembran y consagran.

MEFISTÓFELES. ¡Pasemos! ¡Pasemos!

Calabozo.

FAUSTO, con un manajo de llaves y una lamparilla delante de una pequeña puerta de hierro. Siento que un estremecimiento desusado se apodera lentamente de mí. Toda la miseria de la humanidad pesa sobre mi cabeza. ¡Aquí! estas paredes húmedas... ¡hé aquí el lugar que habita, y su crimen ha sido un dulce error! ¡Fausto, temes aproximarte! ¡no te atreves á verla! Entra, pues, la timidez apresura el instante de su suplicio. (*Vuelve la llave. Cantan dentro.*)

Fué el pícaro de mi padre
 Quien me mató,
 La ramera de mi madre
 Quien me comió,
 Y mi hermanita la lela
 Echó mis huesos mondados
 Sobre unos trapos mojados...
 Y me hice un ave que vuela,
 Y vuela, y vuela!

FAUSTO, abriendo la puerta. No sabe ella que su querido la escucha, que oye el rumor de sus cadenas y el ruido de la paja en que se reclina. (*Entra.*)

MARGARITA, ocultándose debajo de su manta. ¡Ay! ¡ay de mí! ya vienen! ¡Qué amarga es la muerte!

FAUSTO, en voz baja. ¡Silencio! ¡silencio! vengo á salvarte.

MARGARITA, arrastrándose hacia él. ¿Eres un hombre? compadecerás mi miseria.

FAUSTO. ¡Tus voces van á despertar la guardia! (*Agarra las cadenas para quitárselas.*)

MARGARITA. ¡Verdugo! ¿quién te ha dado esa autoridad sobre mí? ¿Vienes á buscarme ya, á media noche? Ten compasión, y déjame vivir. ¿No tendrás tiempo mañana al amanecer? (*Se levanta.*) Soy todavía

tan joven, tan joven, y ¡debo morir ya! También fui bella, y eso es lo que ha causado mi perdición. Mi querido estaba á mi lado, y ahora está muy lejos: me han arrancado mi corona, y han esparcido sus flores... ¡No me cojas tan bruscamente! ¡perdóname! ¿que te he hecho? no seas insensible á mis lágrimas: en mi vida te he visto.

FAUSTO. ¿Podré resistir este doloroso espectáculo?

MARGARITA. Estoy enteramente en tu poder; pero déjame dar el pecho á mi hijo. Toda la noche le he estado estrechando contra mi seno, y acaban de quitarme para afligirme, y dicen que yo le he matado. Jamás me devolverán mi alegría. ¡Me cantan canciones! ¡hacen mal! hay un cuento antiguo que acababa así: ¿Á que quieren hacer alusión?

FAUSTO, *arrojándose á sus pies*. Tu amante se halla á tus pies, viene á librarte de tus cadenas.

MARGARITA, *arrojándose también*. ¡Oh! sí, arrodíllemonos para invocar á los santos. ¡Mira esos escalones, el umbral de esa puerta... ahí hierve el infierno! y el espíritu del mal con sus rugidos espantosos... ¡qué ruido hace!

FAUSTO, *alzando la voz*. ¡Margarita! ¡Margarita!

MARGARITA, *escuchando*. ¡Es la voz de mi amado! (*Se levanta, y caen las cadenas.*) ¿En donde está? le he oído llamarme. ¡Ya estoy libre! nadie puede detenerme, quiero volar á sus brazos, reposar sobre su seno! Ha llamado á Margarita; estaba allí en el umbral. En medio de los alaridos y del tumulto del infierno, á través de los rechinamientos y de las carcajadas de los demonios, he reconocido su voz tan dulce, tan querida!

FAUSTO. ¡Soy yo mismo!

MARGARITA. ¡Eres tú! vuelve á decirlo! (*Estrechán-*

dole entre sus brazos.) ¡Es él, él! ¿En donde están mis dolores? En donde están las angustias de la prisión? en donde están las cadenas?... ¡Tú eres, sí! vienes á salvarme... ¡Heme ya salvada! He aquí la calle en donde te he visto la primera vez; hé allí el jardín en donde Marta y yo te hemos esperado.

FAUSTO, *esforzándose en sacarla*. ¡Ven! ¡ven conmigo!

MARGARITA. ¡Oh! espera, espera todavía... ¡me gusta tanto estar donde tú estás! (*Le abraza.*)

FAUSTO. ¡Pronto! un momento de tardanza nos costaría muy caro.

MARGARITA. ¡Qué! ¿ya no puedes abrazarme? Amigo mío, en tan poco tiempo como hace que me hasdejado, ¿ya te has olvidado de abrazarme? ¿Por qué estoy tan inquieta entre tus brazos?... Poco hace que una palabra tuya, una mirada, me abrían todo el cielo, y que me abrazabas hasta ahogarme. Abrázame, pues, ó te abrazo yo sola. (*Le abraza.*) ¡Oh Dios! Tus labios estan fríos, mudos. Tu amor... ¿en dónde lo has dejado? ¿quién me lo ha robado? (*Se separa de él.*)

FAUSTO. ¡Ven! ¡sígueme! querida mía, ¡valor! yo me abrasso en tu amor; pero sígueme, es lo único que te ruego.

MARGARITA, *fijando su vista en él*. ¿Es verdad que eres tú? ¿Estás bien seguro de que eres tú?

FAUSTO. ¡Yo soy! ¡ven, pues!

MARGARITA. Tú me libras del peso de las cadenas, vuelves á estrecharme contra tu seno... ¿cómo es que no te separas horrorizado de mí? ¿Es verdad que eres tú, amigo mío? ¿sabes á quien das la libertad?

FAUSTO. ¡Ven! ¡ven! el velo de la noche empieza á descorrerse.

MARGARITA. ¡He matado á mi madre! ¡He ahogado á mi hijo! ¡que también era tuyo! ¡sí, tuyo también! Eres,

pues, tú!... apenas lo creas. Dame tu mano. No, no es un sueño. Tu mano, querida... ¡Ah, pero está húmeda! ¡Límpiala! se me figura que tiene sangre! Oh! Dios, ¿qué has hecho? ¡Escond: esa espada, escónde'a!

FAUSTO. ¡Deja lo pasado, que ha pasado ya! ¡Me estás dando la muerte!

MARGARITA. ¡No, tú debes seguirme! Voy á decirte los tómulos que tendrás cuidado de elevar desde mañana: es menester darle á mi madre el mejor sitio, que mi hermano esté cerca de ella, yo, un poco separada, no muy lejos, sin embargo, y el hijo de mi alma, sobre mi costado derecho. ¡Que nadie más esté cerca de mí! ¡Descansar á tu lado, hubiera sido una felicidad muy dulce! mas ya no debo esperarla. Siempre que quiero acercarme á ti, creo que me rechazas; ¡tú, con tu mirada tan tierna y bondadosa!

FAUSTO. Ya que conoces que soy yo, ¡ven!

MARGARITA. ¿ Afuera?

FAUSTO. Á la libertad.

MARGARITA. ¿ Afuera está la tumba, está la muerte que me acecha! ¡Ven!... desde aquí al lecho del eterno reposo, y ni un paso más lejos. ¡Tú te alejas! Oh Enrique! si pudiera seguirte!

FAUSTO. ¡Puedes hacerlo! no tienes más que querer, abierta está la puerta.

MARGARITA. No me atrevo á salir, ya nada espero, ¿y de qué me serviría fugarme? ¡me están espiondo! Y después, verse reducida á mendigar, y con una conciencia mala además, eso es terrible. Es una desdicha vivir en el destierro, y por otra parte, sabrían muy bien volver á prenderme.

FAUSTO. ¡Me quedo, pues, contigo!

MARGARITA. ¡Al instante! ¡al instante! salvaá tu pobre hijo! Ve, por el arroyo abajo, en el sendero, en el

fondo del bosque, á la izquierda, junto á la esclusa, en el estanque. Cógele pronto, se eleva á la superficie, aún lucha con la muerte; ¡sálvale, sálvale!

FAUSTO. Recobra, pues, tu ánimo; un paso nada más y estás libre.

MARGARITA. ¡Si siquiera hubiéramos pasado la montaña! Allí está mi madre sentada en una piedra, moviendo la cabeza, sin hacerme ninguna señal, sin decirme nada con sus ojos; es tan pesada su cabeza, ha dormido tanto tiempo.... ¡Ya no despierta! dormía durante nuestros placeres. ¡Qué feliz tiempo aquél!

FAUSTO. Pues que ni lágrimas ni palabras pueden nada contigo, es necesario que yo te arrastre lejos de aquí.

MARGARITA. ¡Déjame; no, no sufriré ninguna violencia. No me agarres con tanta fuerza: ¡demasiado te he complacido en mi vida!

FAUSTO. ¡El día viene!... ¡querida mía, amor mío!

MARGARITA. ¡El día! sí, es el día.... ¡último de los míos! debía de ser el de mi boda. No vayas á decir á nadie que Margarita te ha recibido esta mañana. ¡Ah! mi corona.... quéaventurada está.... Nos volveremos á ver; mas ya no será en el baile. La multitud se estruja, no cesa de oirse: ¿le bastarán las calles y las plazas? La campana me llama, la vara de la justicia se ha roto. ¡Cómo me encadenan! ¡cómo me agarran! Ya me han arrastrado al cadalso, ya cae sobre el cuello de los demás el tajo que hiere el mío... ¡Hé ahí el mundo entero, mudo como una tumba!

FAUSTO. ¡Oh! ¡por qué he nacido!

MEFISTÓFELES, *apareciendo fuera*. ¡Salid, ó sois perdido! ¡Qué de palabras inútiles! ¡qué dilaciones y qué incertidumbre! Mis caballos se inquietan y el día empieza á despuntar.

MARGARITA. ¿ Quién se levanta así de la tierra ? ¡ Él !
¡ él ! ¡ échale pronto ! ¿ qué viene á hacer á la santa mansión ?... ¡ Viene á buscarme á mí !

FAUSTO. ¡ Es preciso que vivas !

MARGARITA. ¡ Justicia de Dios, me entrego á ti !

MEFISTÓFELES, á Fausto. ¡ Ven, ven, ó te abandono con ella al cuchillo del verdugo !

MARGARITA. ¡ Tuya soy, padre mío ! ¡ sálvame ! ¡ Angeles, rodeadme, protegedme con vuestros ejércitos !... Enrique, ¡ me horrorizas !

MEFISTÓFELES. ¡ Está juzgada !

VOZ, de lo alto. ¡ Está salvada !

MEFISTÓFELES, á Fausto. ¡ Aquí, á mí ! (*Desaparece con Fausto.*)

Voz lejana, que se extingue. ¡ Enrique ! ¡ Enrique !

SEGUNDO FAUSTO

ADVERTENCIA

RESPECTO AL SEGUNDO FAUSTO Y Á LA LEYENDA

El pacto infernal firmado por Fausto y Mefistófeles no se ha cumplido ni desenlazado enteramente en la última escena del primer *Fausto* de Goethe. Cuando Mefistófeles llama á sí al Doctor al tiempo que Margarita va á salir al suplicio, el lector habrá podido suponer que el alma de Fausto caía en poder del demonio, mientras la de Margarita se elevaba al cielo en medio de los ángeles.

Sin embargo, le quedaba al autor la intención de continuar la vida fabulosa de su héroe.

Esto es lo que Goethe intentó hacer en los últimos años de su vida, en una obra de la cual publicó un fragmento en 1827 con el título de *Elena*.

El complemento póstumo de esta tragedia no vió la luz hasta la publicación de sus obras completas. Esta obra singular no se dirige siempre al desarrollo claro y preciso del primer dato, y sea la que quiera la grandeza de las ideas de detalle, éstas no forman ya ese conjunto armonioso y correcto que ha hecho del *Fausto* una obra maestra inmortal. Una análisis circunstanciada, con las escenas más notables traducidas por entero, nos ha parecido ser suficiente para guiar el

lector desde el desenlace del primer Fausto á ese magnífico acto de *Elena*, que es en realidad la parte más importante del segundo *Fausto* de Goethe, y donde se vuelve á hallar aún un hermoso reflejo de ese poderoso genio, cuya facultad creadora habíase apagado muchos años antes, cuando intentó luchar contra sí mismo al publicar su última obra.

Hemos seguido después la narración de la acción secundaria que pasa en la corte del emperador y hemos dado por entero las escenas de la muerte de Fausto, en las cuales el autor parece á su vez haberse inspirado del poema de *Manfred* de lord Byron, quien se había inspirado de su primer Fausto.

Así nuestro trabajo se halla completo, y el examen analítico, uniendo unas con otras las grandes partes que se corresponden, explica las escenas de intermedio y de acción episódicas, muy difusas y oscuras para los mismos alemanes.

SEGUNDO FAUSTO

PRÓLOGO

Una campiña risueña.

FAUSTO, tendido en el césped florido, cansado, inquieto, procura dormirse, y espíritus llamados Elfos, de formas ligeras y encantadoras revolotean en derredor suyo.

ARIEL, canta acompañado con las arpas de los Elfos.

Si la lluvia de flores de la primavera
Cae flotando sobre todas cosas,
Si la bendición de las verdes praderas
Sonríe á todos los hijos de la tierra;
El grande espíritu de los pequeños Elfos
Lleva su ayuda por todas partes donde puede;
Y que sea un santo ó un perverso,
El hombre desdichado le mueve á compasión,

Vosotros que flotáis en torno de esa frente en aéreo círculo,
Mostrad ahora la noble indole de los Elfos;
Templad el dolor agudo del corazón,
Arrancad las amargas flechas del remordimiento
Y purificad su alma de las desgracias pasadas.
Hay cuatro períodos de descanso en la noche;
Aprovechadlos con benevolencia y actividad.

Primero reclináis su cabeza sobre frescas almohadas de ver
Después la bañáis en el rocío del río Leteo; [dura,
Pronto cobran su soltura los miembros entumecidos;
Recobra sus fuerzas, descansa hasta que llegue la mañana.

Así cumpliréis con el más grato deber de los Elfos
Al devolverle á la divina luz del día.

(El coro canta alternativamente, ya con dos, ya con varias voces.)

El tibio ambiente se infla
En derredor de los verdes céspedes
Dulces céfiros, nubes cebrinas
Traed el crepúsculo.
Murmurad dulces palabras de paz,
Meceid el corazón en un sueño de niño ;
Y sobre los ojos de ese hombre cansado
Cerrad las puertas del día.

Ya llegó la noche,
La estrella con la estrella se une ;
Grandes luces, pequeñas chispas
Centellean aquí como en lontananza.
Se reflejan allá en el lago transparente,
Y alumbran la noche allá arriba ;
La pompa serena de la luna
Sella la felicidad del reposo.

Ya han transcurrido las horas ;
Felicidad y dolor han desaparecido.
Presiéntelo y podrás sanar ;
Confíate en la mirada nueva del día.
Los valles verdecen, los collados se elevan
Y se juntan para dar sombra.
Por do quiera en alegres olas de plata
Corre la semilla hacia la cosecha.

Ten el deseo de tener deseos,
Aspira á esos esplendores del cielo ;
La cárcel que te rodea es frágil ;
El sueño es la corteza ; arrójala,
No tardes en entrar en la acción.
Si la multitud titubea y tarda,
Un noble espíritu todo lo puede
Cuando todo lo entiende y lo comprende.

Un grande estruendo anuncia el aproximarse del sol.

ARIEL.

¡Oid ! ¡Oid ! La tempestad de las Horas
Resuena ya para los oídos de los espíritus ;
Ya nació el día nuevo.
Las puertas de la roca rechinan con estruendo ;

Las ruedas de Febo crujen rodando.
¡Qué zumbido trae la luz !
Es el ruido del tambor, el sonido de la trompeta ;
Pestañea el ojo y se maravilla el oído ;
No se puede oír lo que es inaudito.
Ocultaos en las coronas de flores.
Más adentro, más adentro ; quedaos quietas
En las peñas, bajo las ramas ;
Si oyeseis ese ruido os quedaríais sordos.

FAUSTO. Las pulsaciones de la vida baten con nuevo ardor para hacer una cariñosa acogida al crepúsculo etéreo. Y tú, tierra, dormías también esta noche, y respiras á mis pies refrescada de nuevo. Principias ya á rodearme de delicias, me animas á que aspire de aquí en adelante al Ente supremo.

Ya se entreabre el mundo en las vislumbres del crepúsculo, la selva retumba de las mil voces de una existencia. En todos los valles desaparecen las nubes ; la claridad del cielo penetra en las profundidades ; las ramas y las hojas se levantan perfumadas del abismo. Los colores también se desprenden del fondo de verdura, en que la flor y la hoja desprenden trémulas gotas de rocío. Un paraíso se abre en derredor mío.

¡Mirad ! las cumbres de las montañas lejanas gozan ya de esa hora de fiesta ! Ya están envueltas en la luz eterna que más tarde llegará hasta nosotros. Ya se desliza hacia nosotros la claridad naciente por las verdes laderas de los montes. Adelántase el sol victorioso. ¡Ay ! ya hieren mis ojos sus ardientes saetas.

Así sucede pues, cuando una larga esperanza toca por fin á las puertas abiertas del cumplimiento y de la salvación. Al ver las llamas salir de las profundidades que se encuentran más allá, el hombre se espanta y se para. ¡No queríamos sino encender la antorcha de la vida y es un mar de fuego que nos

rodea! ¡Y cuáles llamas! ¿Es amor? ¿es odio? ¡Envueltos en esos lazos de fuego, espantados por una terrible alternativa de dolores y de alegría, pronto nos volvemos hacia la tierra para refugiarnos de nuevo bajo el humilde velo de nuestra existencia ignorante!

¡Brille pues el sol á mi espalda! La cascada muge en la peña y siempre la contemplo con placer creciente mientras al caer va formando mil ondas y arroja en los aires la espuma sobre la espuma; ¡Pero cómo se encorva con majestad el arco abigarrado de esa eterna tempestad ya en líneas puras, ya convirtiéndose en aire luminoso, y esparciendo en derredor de la cascada un suave estremecimiento de aire agitado! Es la imagen de la vida humana; considera su aspecto y su sentido y comprenderás que nuestra vida también no es sino un reflejo de mil colores.

EXAMEN ANALÍTICO

Después de este prólogo en que el autor acaba de retemplar su héroe en la atmósfera romanesca y mágica del *Sueño de una noche de estío*, ya evocada para el intermedio del sabbat, la acción se transporta en medio de una corte imperial de la edad media. Los personajes que aparecen no tienen otros nombres que los de emperador, canciller, mariscal, etc. El emperador, sentado en medio de sus consejeros, pregunta donde está su bufón. Un paje viene á decirle que el pobre hombre se ha caído al bajar una escalera. ¿Está muerto? ¿Está embriagado? No se sabe. Él no se mueve.

Otro paje anuncia al punto, que otro bufón muy bien vestido acaba de presentarse en su lugar pero que los alabarderos no quieren dejarle entrar. El emperador da una orden y Mefistófeles viene á arrodilarse ante el trono. Se recibe benevolamente su cumplimiento, y ocupa el sitio desu predecesor á la derecha del príncipe.

El consejo se pone á discutir sobre los asuntos del Estado. El canciller habla largo tiempo contra la corrupción del siglo, y pasando revista á las diversas clases de la sociedad, señala en todas un espíritu de inmoralidad y de rebelión, para el cual es preciso buscar algún remedio. Ni aun los mismos jueces, ni los poseedores de los cargos públicos, quedan exceptuados de su censura.